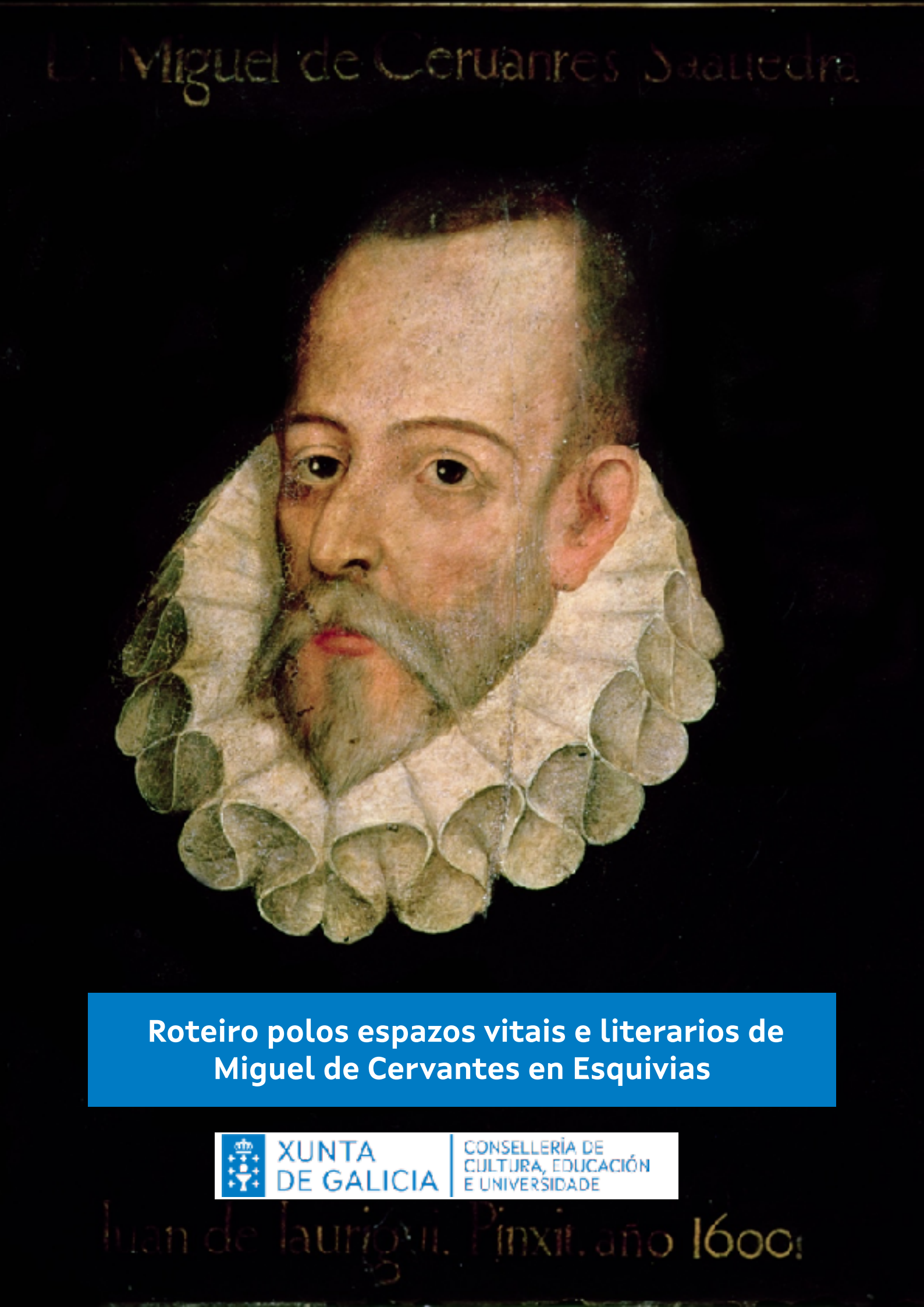


Roteiro polos espazos vitais e literarios de Miguel de Cervantes en Esquivias

XUNTA DE GALICIA
CONSELLERÍA DE CULTURA, EDUCACIÓN E UNIVERSIDADE

Índice

Punto 1 — Iglesia de Santa Leocadia 03
Punto 2 — Puerta de Bisagra 05
Punto 3 — Barrio de Alcaná 07
Punto 4 — Catedral 10
Punto 5 — Calle de las Tendillas 14
Punto 6 — Las Ventillas 17
Punto 7 — La plaza de Zocodover 19
Punto 8 — Río Tajo 21
Punto 9 — Huerta del Rey 23
Punto 10 — Palacio de Galiana 24
Punto 11 — Hospital de la Visitación 26
Punto 12 — Puerta del Cambrón 28
Punto 13 — Calle Cervantes 30
Punto 14 — Capilla del Sagrario 33
Punto 15 — Cuesta del Carmen 35

Punto 1 — Iglesia de Santa Leocadia

- La fuerza de la sangre

Iglesia de Santa Leocadia, Toledo, hacia 1900,

La estancia de Miguel de Cervantes en Toledo está documentada a lo largo de su vida en varias ocasiones. En la primera de ellas, un 28 de abril de 1587, Cervantes firmaba ante Ambrosio Mexía un documento notarial por el que concedía plenos poderes a Catalina para que dispusiera a su antojo del patrimonio familiar. Es posible que llevara algunos días en la capital castellana y que asistiera a los actos que tuvieron lugar con motivo del traslado de las reliquias de **santa Leocadia**, patrona de la ciudad desde Flandes, en donde estaban enterradas en la abadía benedictina de Saint-Ghislain, y de donde llegaron el 25 de abril de ese año. A estas reliquias y a sus católicas ceremonias tal vez esté refiriéndose sin citarlas en su *Persiles*, del mismo modo que cabría imaginar como posible el hecho de que la protagonista de *La fuerza de la sangre* responda al nombre de Leocadia en recuerdo de la patrona toledana.

Había nacido esta en Toledo en el siglo III a.C. La llegada de Daciano a la ciudad con la orden de reducir a los cristianos supuso su detención, prisión y muerte, que tuvo lugar un 9 de diciembre del año 304. Tras la invasión árabe, los restos de la santa se trasladaron a las tierras del norte. Las reliquias llegaron a Oviedo primero y de allí a Flandes, desde donde fueron restituidas, gracias a la mediación del jesuita Miguel Hernández, pues los monjes se negaban a devolverlas, a la ciudad de Toledo en el citado año de 1587. Provisionalmente se encontraban recogidas en el santuario que la santa tenía. La ciudad castellana celebró la entrega oficial del cuerpo de su Patrona en medio del clamor popular y de ceremonias festivas presididas por Felipe II y su familia. El propio monarca las llevó a hombros en unas andas hasta dejarlas depositadas en el sagrario de la Catedral. Es evidente que la trascendencia de aquel acontecimiento religioso y social está en los orígenes del relato cervantino. Aún no se habían apagado los ecos de aquella grandiosa celebración y Cervantes los aprovecha para identificar en el subconsciente colectivo a la protagonista de su relato, la bella y sufrida Leocadia, con la Patrona de la ciudad. Ambas se presentan como almas gemelas, pues sufren, cada una a su manera, un auténtico martirio personal. Además, la santa e recordada por la fe y la valentía con la que se enfrentó a su tormento, llegando a grabar —cuenta la leyenda— con sus propios dedos en una piedra de la mazmorra una «cruz» que fue testigo de su fe y sobre la que se colocó una inscripción en memoria de su prisión. Parece ser que todavía hoy se conservan en la parte baja del lado oriental del Alcázar los restos de aquella señal religiosa. La estrecha relación, por tanto, entre la santa y la cruz podría estar también en los orígenes de la elección del recurso del «crucifijo» que de manera obsesiva encontramos a lo largo de *La fuerza de la sangre*[1].

[1] Teijeiro Fuentes, M. A (2014) *Cervantes: camina e inventa (un recorrido literario porl a España cervantina),* Universidad de Extremadura.

Texto 1

Una noche de las calurosas del verano, volvían de recrearse del río en Toledo un anciano hidalgo con su mujer, un niño pequeño, una hija de edad de diez y seis años y una criada.

La noche era clara; la hora, las once; el camino, solo, y el paso, tardo, por no pagar con cansancio la pensión que traen consigo las holguras que en el río o en la vega se toman en Toledo.

Con la seguridad que promete la mucha justicia y bien inclinada gente de aquella ciudad, venía el buen hidalgo con su honrada familia, lejos de pensar en desastre que sucederles pudiese. Pero, como las más de las desdichas que vienen no se piensan, contra todo su pensamiento, les sucedió una que les turbó la holgura y les dio que llorar muchos años.

Hasta veinte y dos tendría un caballero de aquella ciudad a quien la riqueza, la sangre ilustre, la inclinación torcida, la libertad demasiada y las compañías libres, le hacían hacer cosas y tener atrevimientos que desdecían de su calidad y le daban renombre de atrevido. Este caballero, pues (que por ahora, por buenos respectos, encubriendo su nombre, le llamaremos con el de Rodolfo), con otros cuatro amigos suyos, todos mozos, todos alegres y todos insolentes, bajaba por la misma cuesta que el hidalgo subía.

Encontráronse los dos escuadrones: el de las ovejas con el de los lobos; y, con deshonesta desenvoltura, Rodolfo y sus camaradas, cubiertos los rostros, miraron los de la madre, y de la hija y de la criada. Alborotóse el viejo y reprochóles y afeóles su atrevimiento. Ellos le respondieron con muecas y burla, y, sin desmandarse a más, pasaron adelante. Pero la mucha hermosura del rostro que había visto Rodolfo, que era el de Leocadia, que así quieren que se llamase la hija del hidalgo, comenzó de tal manera a imprimírsele en la memoria, que le llevó tras sí la voluntad y despertó en él un deseo de gozarla a pesar de todos los inconvenientes que sucederle pudiesen. Y en un instante comunicó su pensamiento con sus camaradas, y en otro instante se resolvieron de volver y robarla, por dar gusto a Rodolfo; que siempre los ricos que dan en liberales hallan quien canonice sus desafueros y califique por buenos sus malos gustos. Y así, el nacer el mal propósito, el comunicarle y el aprobarle y el determinarse de robar a Leocadia y el robarla, casi todo fue en un punto.

Pusiéronse los pañizuelos en los rostros, y, desenvainadas las espadas, volvieron, y a pocos pasos alcanzaron a los que no habían acabado de dar gracias a Dios, que de las manos de aquellos atrevidos les había librado.

Arremetió Rodolfo con Leocadia, y, cogiéndola en brazos, dio a huir con ella, la cual no tuvo fuerzas para defenderse, y el sobresalto le quitó la voz para quejarse, y aun la luz delos ojos, pues, desmayada y sin sentido, ni vio quién la llevaba, ni adónde la llevaban. Dio voces su padre, gritó su madre, lloró su hermanico, arañóse la criada; pero ni las voces fueron oídas, ni los gritos escuchados, ni movió a compasión el llanto, ni los araños fueron de provecho alguno, porque todo lo cubría la soledad del lugar y el callado silencio de la noche, y las crueles entrañas de los malhechores.

Finalmente, alegres se fueron los unos y tristes se quedaron los otros. (...)

Miguel de Cervantes, *La Fuerza de la Sangre*, 1613.

Punto 2 — Puerta de Bisagra

- Los trabajos de Persiles y Sigismunda

Al entrar por la **puerta de Bisagra,** la principal de la ciudad, nos encontramos, en su patio de armas, el elogio más apasionado de Cervantes a Toledo: *«¡Oh, peñascosa pesadumbre, gloria de España y luz de sus ciudades...»* La frase la leemos en su obra póstuma, *Los trabajos de Persiles y Sigismunda.* Es cierto que «peñascosa pesadumbre» lo toma de su amigo José Valdivieso, quien lo había utilizado en honor al paisaje de Judea en *Vida de San José*.

Es una placa de cerámica vidriada, compuesta por veinte azulejos, realizada por Vicente Quismondo en el año 1947 con motivo de los actos conmemorativos del IV Centenario del nacimiento de Cervantes. Se halla situada en el patio interior de la Puerta de Bisagra..

Texto 1

Capítulo octavo del tercero libro

No es la fama del río Tajo tal que la cierren límites ni la ignoren las más remotas gentes del mundo; que a todos se estiende y a todos se manifiesta, y en todos hace nacer un deseo de conocerle; y, como es uso de los setentrionales ser toda la gente principal versada en la lengua latina y en los antiguos poetas, éralo asimismo Periandro, como uno de los más principales de aquella nación; y, así por esto como por haber mostrádole a la luz del mundo aquellos días las famosas obras del jamás alabado como se debe poeta Garcilaso de la Vega, y haberlas él visto, leído, mirado y admirado, así como vio al claro río, dijo:

—No diremos: Aquí dio fin a su cantar Salicio, sino: Aquí dio principio a su cantar Salicio; aquí sobrepujó en sus églogas a sí mismo; aquí resonó su zampoña, a cuyo son se detuvieron las aguas deste río, no se movieron las hojas de los árboles, y, parándose los vientos, dieron lugar a que la admiración de su canto fuese de lengua en lengua y de gente en gentes por todas las de la tierra. ¡Oh venturosas, pues, cristalinas aguas, doradas arenas! ¡Qué digo yo doradas! ¡Antes de puro oro nacidas! Recoged a este pobre peregrino, que, como desde lejos os adora, os piensa reverenciar desde cerca.

Y, poniendo la vista en la gran ciudad de Toledo, fue esto lo que dijo:

—¡Oh peñascosa pesadumbre, gloria de España y luz de sus ciudades, en cuyo seno han estado guardadas por infinitos siglos las reliquias de los valientes godos para volver a resucitar su muerta gloria y a ser claro espejo y depósito de católicas ceremonias! ¡Salve, pues, oh ciudad santa, y da lugar que en ti le tengan estos que venimos a verte! Esto dijo Periandro, que lo dijera mejor Antonio el padre, si tan bien como él lo supiera; porque las lecciones de los libros muchas veces hacen más cierta experiencia de las cosas que no la tienen los mismos que las han visto, a causa que el que lee con atención repara una y muchas veces en lo que va leyendo, y el que mira sin ella no repara en nada; y, con esto, excede a la lección la vista.

Miguel de Cervantes, *Los trabajos de Persiles y Segismunda,* 1617.

La **Puerta de Bisagra** o **Puerta Nueva de Bisagra**, es una entrada monumental abierta en las murallas de la fachada norte de la ciudad de Toledo.

Existe cierto debate en lo referente al origen y antigüedad de esta puerta, pudiendo ser ésta de época árabe o mudéjar ya que se han encontrado restos arqueológicos y se tienen noticias de ella desde antiguo, pero que debía estar en muy mal estado cuando en el siglo XVI se acometió una reforma total de la misma. En ella intervinieron los más importantes maestros de obras y arquitectos de la época como fueron Nicolás de Vergara el Viejo y su hijo El Mozo, Juan de Benavides y Eugenio Sánchez, Hernán González de Lara y el más notable de todos, Alonso de Covarrubias que realizó las trazas generales del cuerpo exterior, convirtiéndola en un soberbio arco de triunfo y un formidable heraldo blasonado de la ciudad. Las obras finalizarían en 1576.

La Puerta está formada por dos cuerpos independientes con dos altos muros almenados que los unen, formando un patio entre ellos, donde se encuentra una estatua de Carlos V y la escultura de San Eugenio, primer obispo de Toledo.

El cuerpo exterior se construyó hacia 1559, casi una década después que el interior y en él se aprecia el estilo de Covarrubias. Tiene una estética totalmente renacentista, con un vano formado por un arco de triunfo clásico, de medio punto con sillares almohadillados. Sobre este arco aparece el escudo de la «Ciudad Imperial», con su águila bicéfala franqueada por las columnas "Plus Ultra", y encima se sitúa un frontón triangular con acróteras en sus vértices laterales y un ángel custodio en el vértice central. Flanquean esta puerta dos grandes torreones semicirculares, realizados en mampuesto y decorados con una ancha cenefa formada por sillares almohadillados de dibujo ajedrezado.

El cuerpo interior da a la ciudad y se construyó hacia el 1550. Es una construcción recia, de planta cuadrada, realizada en sillería. Está compuesto por cuatro arcos de entrada, dos de medio punto (los exteriores) y dos interiores, uno de herradura y otro doble (donde se aloja el rastrillo). Entre ellos se genera unos espacios cubiertos con bóvedas de cañón realizadas en ladrillo. Este cuerpo está flanqueado, en su cara norte, por dos esbeltas torres cuadradas, situadas en las dos esquinas, que sobresalen en altura y finalizan con un tejado (chapitel) cerámico puntiagudo, decorado con el águila emblemática de ciudad. Su fachada sur, antaño en contacto con las viviendas de la ciudad, adosado a ellas, posee una composición simétrica; la primera planta está ocupada por dos grandes ventanales enrejados y rematados por sendos frontones triangulares; entre ellos aparece otra gran águila bicéfala de piedra. Finaliza esta primera planta coronada por merlones a modo de almenas. Una última planta rectangular aparece retranqueada, realizada en ladrillo y cubierta a cuatro aguas con teja curva. Las dependencias de este cuerpo sirvieron por un tiempo de vivienda al alcaide de Toledo.

Punto 3 — Barrio de Alcaná

Puerta del Reloj al final de la calle Chapinería.

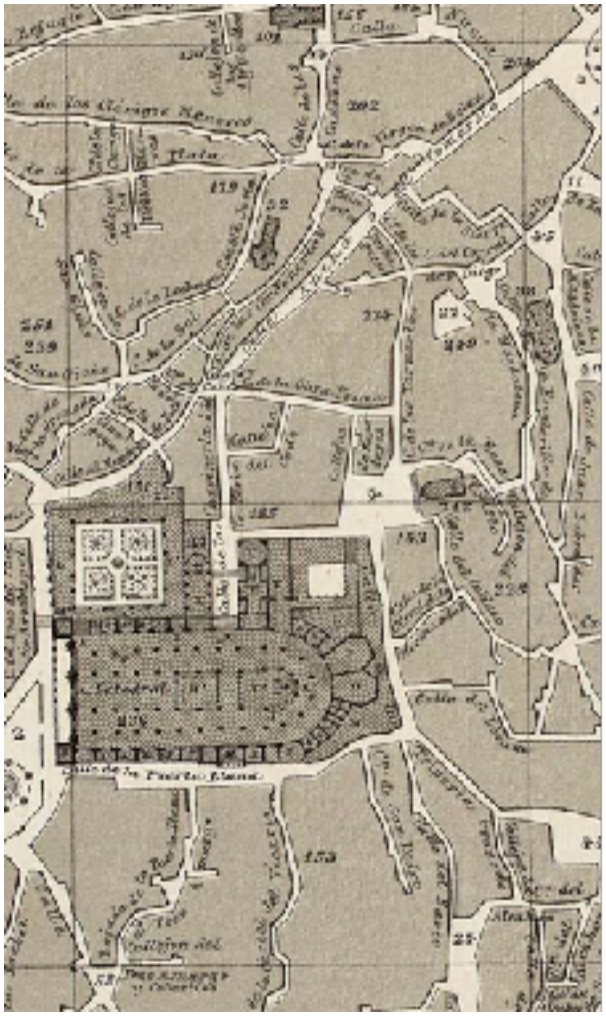
- Don Quijote de la Mancha

Un hecho muy relevante y no, demasiadas veces, mencionado es que la génesis de *Don Quijote de la Mancha*, tenga su origen o arranque figurado en Toledo. Cervantes, como narrador, dice haber encontrado en el barrio del Alcaná el manuscrito de Cide Hamete Benengeli, en el que se relata la historia de Don Quijote desde el capítulo nueve.

El Alcaná

El barrio de Alcaná iba desde la actual Cuatro Calles hasta la iglesia de Santa Justa y ocupaba un espacio delimitado por calles gremiales, como la de la Cordonería o la Ropería, hasta la Calle de la Sal. Se trataba de una importante zona comercial regentada por la comunidad judía y algunos árabes que tenían allí sus casas y negocios. Por ello se la denominaba la judería menor de Toledo, para diferenciarla de la judería mayor que disponía de su propia muralla y estaba aislada del resto de la ciudad. La menor se cerraba de noche por cinco puertas levantadas a mediados del siglo XV con motivo de los saqueos sufridos por los judíos durante el reinado de Juan II. La arteria principal del Alcaná era la Calle del Hombre de Palo y se extendía hasta la Chapinería, frente a la Puerta del Reloj. La primera de ellas era la antigua Calle de las Asaderías, siguiendo la fachada norte de la Catedral, uniendo la Plaza de las Cuatro Calles y la Calle Arco de Palacio. Aunque difícilmente creíble no por ello inverosímil, la calle debe su nombre a un ingenio de madera, una especie de robot inventado por el célebre Juanelo Turriano al que se le atribuye la asombrosa capacidad de recorrer la calle en dirección al Palacio Arzobispal haciendo reverencias a los vecinos y autoridades. Esta leyenda repetida ha servido para celebrar el genio inventor del lombardo, que lo mismo fabricaba un reloj corno como un artilugio bélico. En cuanto a la Calle de la Chapinería, es seguro que debiera su nombre a las numerosas tiendas de calzado femenino —chapines— que abrieron sus puertas durante aquella época.

En este lugar, pues, se encontraban mercerías, un mercado de seda, a cuyo negocio se dedicaba un tercio de la población, y un antiguo mercado de libros. El Alcaná toledano, dice Covarrubias en su Tesoro, «Era una calle de Toledo... toda ella de tiendas de mercería», y ha pasado a la posteridad inmortalizada por Cervantes en su Quijote, pues fue allí donde el insigne escritor fabula haber encontrado unos cartapacios firmados por un tal Cide Hamete sobre las aventuras de un extraño caballero andante. Vuela la imaginación y nos topamos a Miguel ideando las aventuras que años después recuperará durante su experiencia sevillana. Fingiendo una pretendida verosimilitud, Cervantes imita fielmente la técnica paródica de los falsos cronicones. Confiesa haber recurrido a un morisco aljamiado para que le traduzca los célebres papeles a cambio de unas pasas y algo de trigo. Para no perder el tiempo, el autor invita al intérprete a su casa, tal vez la misma que su suegra poseía en el barrio donde se ubicaba la parroquia de San Lorenzo. Antes, se ha certificado de la importancia del cartapacio extendiendo los papeles en las piedras «del claustro de la iglesia mayor», en donde el morisco le lee



la historia de don Quijote. De este modo, la Catedral y El Quijote, se dan la mano para preludiar uno de los encuentros más fructíferos de la literatura.

La desbordante imaginación cervantina sugiere cómo la obra estuvo a punto de caer en manos de un sedero judío, que seguramente hubiera aprovechado aquellos papeles viejos para envolver la mercancía o para quién sabe qué otra utilidad peregrina. La curiosidad de Miguel le lleva al descubrimiento inesperado. Toledo y el negocio de la seda, con su famosa alcaicería, se confirma como el escenario capital de la novela, origen fabuloso de la misma. No debemos olvidar que de Toledo son los seis mercaderes que, acompañados de sus criados, viajan a Murcia para comprar seda. Con ellos se topa don Quijote tras su aventura con el joven Andresito y a ellos pretende hacerles prometer que Dulcinea es la más hermosa dama de todo el orbe. Los discretos y burlones mercaderes procuran apartarse pero, ante la insistencia del audaz loco, uno de los criados, mozo de mulas para más señas y no muy bien intencionado, le acaba apaleando.

Texto 1

Capítulo IX - Donde se concluye y da fin a la estupenda batalla que el gallardo vizcaíno y el valiente manchego tuvieron

Estando yo un día en el Alcaná de Toledo, llegó un muchacho a vender unos cartapacios y papeles viejos a un sedero; y como yo soy aficionado a leer aunque sean los papeles rotos de las calles, llevado desta mi natural inclinación tomé un cartapacio de los que el muchacho vendía y vile con caracteres que conocí ser arábigos. Y puesto que aunque los conocía no los sabía leer, anduve mirando si parecía por allí algún morisco aljamiado que los leyese, y no fue muy dificultoso hallar intérprete semejante, pues aunque le buscara de otra mejor y más antigua lengua le hallara. En fin, la suerte me deparó uno, que, diciéndole mi deseo y poniéndole el libro en las manos, le abrió por medio, y, leyendo un poco en él, se comenzó a reír.

Preguntéle yo que de qué se reía, y respondióme que de una cosa que tenía aquel libro escrita en el margen por anotación. Díjele que me la dijese, y él, sin dejar la risa, dijo:

—Está, como he dicho, aquí en el margen escrito esto: «Esta Dulcinea del Toboso, tantas veces en esta historia referida, dicen que tuvo la mejor mano para salar puercos que otra mujer de toda la Mancha».

Cuando yo oí decir «Dulcinea del Toboso», quedé atónito y suspenso, porque luego se me representó que aquellos cartapacios contenían la historia de don Quijote. Con esta imaginación, le di priesa que leyese el principio, y haciéndolo ansí, volviendo de improviso el arábigo en castellano, dijo que decía: *Historia de don Quijote de la Mancha, escrita por Cide Hamete Benengeli, historiador arábigo*. Mucha discreción fue menester para disimular el contento que recebí cuando llegó a mis oídos el título del libro, y, salteándosele al sedero, compré al muchacho todos los papeles y cartapacios por medio real; que si él tuviera discreción y supiera lo que yo los deseaba, bien se pudiera prometer y llevar más de seis reales de la compra. Apartéme luego con el morisco por el claustro de la iglesia mayor, y roguéle me volviese aquellos cartapacios, todos los que trataban de don Quijote, en lengua castellana, sin quitarles ni añadirles nada, ofreciéndole la paga que él quisiese. Contentóse con dos arrobas de pasas y dos fanegas de trigo, y prometió de traducirlos bien y fielmente, y con mucha brevedad. Pero yo, por facilitar más el negocio y por no dejar de la mano tan buen hallazgo, le truje a mi casa, donde en poco más de mes y medio la tradujo toda, del mesmo modo que aquí se refiere.

Miguel de Cervantes, *Don Quijote,* Capítulo IX.

Texto 1

Capítulo IIII - De lo que le sucedió a nuestro caballero cuando salió de la venta

(...) En esto, llegó a un camino que en cuatro se dividía, y luego se le vino a la imaginación las encrucijadas donde los caballeros andantes se ponían a pensar cuál camino de aquellos tomarían; y, por imitarlos, estuvo un rato quedo, y al cabo de haberlo muy bien pensado soltó la rienda a Rocinante, dejando a la voluntad del rocín la suya, el cual siguió su primer intento, que fue el irse camino de su caballeriza. Y, habiendo andado como dos millas, descubrió don Quijote un grande tropel de gente, que, como después se supo, eran unos mercaderes toledanos que iban a comprar seda a Murcia. Eran seis, y venían con sus quitasoles, con otros cuatro criados a caballo y tres mozos de mulas a pie. Apenas los divisó don Quijote, cuando se imaginó ser cosa de nueva aventura; y, por imitar en todo cuanto a él le parecía posible los pasos que había leído en sus libros, le pareció venir allí de molde uno que pensaba hacer. Y, así, con gentil continente y denuedo, se afirmó bien en los estribos, apretó la lanza, llegó la adarga al pecho y, puesto en la mitad del camino, estuvo esperando que aquellos caballeros andantes llegasen, que ya él por tales los tenía y juzgaba; y, cuando llegaron a trecho que se pudieron ver y oír, levantó don Quijote la voz y con ademán arrogante dijo:

—Todo el mundo se tenga, si todo el mundo no confiesa que no hay en el mundo todo doncella más hermosa que la Emperatriz de la Mancha, la sin par Dulcinea del Toboso.

Paráronse los mercaderes al son destas razones, y a ver la estraña figura del que las decía; y por la figura y por las razones luego echaron de ver la locura de su dueño, mas quisieron ver despacio en qué paraba aquella confesión que se les pedía, y uno dellos, que era un poco burlón y muy mucho discreto, le dijo:

—Señor caballero, nosotros no conocemos quién sea esa buena señora que decís; mostrádnosla, que, si ella fuere de tanta hermosura como significáis, de buena gana y sin apremio alguno confesaremos la verdad que por parte vuestra nos es pedida.

Miguel de Cervantes, *Don Quijote,* Capítulo IV.

Punto 4 — Catedral

- La fuerza de la sangre

La fuerza de la sangre es una de las novelas más breves y más enigmáticas de Miguel de Cervantes. Sexta entre las doce *Novelas ejemplares* (1613), incluye elementos verdaderamente asombrosos y violentos, centrándose en el robo de Leocadia, joven que regresaba, junto con su familia, a su hogar en Toledo cuando es asaltada por Rodolfo y sus camaradas. El crucifijo que Leocadia puede llevarse de la habitación del violador, será parte integral del fin de la obra y apunta a las leyendas que se entretejen dentro de la narrativa. De la leyenda de Cristo como juez y sobre la santidad de Leocadia nada se dice directamente, pero motivos hagiográficos y legendarios, aunque escondidos, siempre están presentes. La narración sólo resalta el nombre de la joven protagonista, Leocadia, y el lugar aproximado donde era venerada la santa de ese nombre, para que el lector relacione el contexto con el texto. Aunque breve y de prosa lúcida y elegante, la novela incluye toda una serie de nociones tales como el amor, el honor, las pasiones desenfrenadas, la memoria, el pecado, el perdón y la venganza. Brillantemente construida, con sorprendentes paralelismos y una perfecta economía narrativa, la novela nos lleva del horror a la maravilla. Los cinco principales personajes de la obra, Leocadia y su violador, Rodolfo, el padre de Rodolfo, su madre, doña Estefanía y el hijo de Leocadia, Luisico, están tan bien dibujados, mostrando todo una variedad de emociones y pasiones que conmueven y asombran. Las discordias y rencillas dentro de la novela se reflejan a través de la técnica del claroscuro donde Toledo y su gran catedral aparecen como sitios sagrados y, al mismo tiempo, pueden parecer oscuros y amenazantes.

La narración, tan intensa como inexplicable, comienza una calurosa noche de verano y se localiza en la vega del río, de donde Leocadia y su familia regresan después de haber disfrutado de un día de ocio. La ejemplar familia, *«con la seguridad que le promete la mucha justicia y bien inclinada gente de la ciudad»,* vuelve ajena a cualquier peligro cuando tropieza con Rodolfo y sus amigos. El joven noble no puede reprimir sus deseos y rapta a Leocadia trasladándola vendada y a caballo a su casa. Obviamente nada se dice de la localización de la vivienda, pero sí sabemos que se accede a ella mediante una escalera y que desde la ventana se puede ver un hermoso patio interior que habla, junto a la riqueza de los objetos de la habitación, de la alta condición social de quien la habita.

Tras ser humillada, Leocadia ruega a Rodolfo que la deje en a calle, «junto a la iglesia mayor, porque desde allí sabré volver a casa». De este modo, la Catedral se convierte en el eje espacial, y moral, de la novela pues, como en todas las ciudades de la época, la vida diaria se organizaba en torno a este lugar y sus alrededores. En efecto, aledaño a la Iglesia Mayor se encontraba el Alcaná y la Plaza de Zocodover.

Texto 1

Haz cuenta que me ofendiste por accidente, sin dar lugar a ningún buen discurso; yo la haré de que no nací en el mundo, o que si nací, fue para ser desdichada. Ponme luego en la calle, o a lo menos junto a la iglesia mayor, porque desde allí bien sabré volverme a mi casa; pero también has de jurar de no seguirme, ni saberla, ni preguntarme el nombre de mis padres, ni el mío, ni de mis parientes, que, a ser tan ricos como nobles, no fueran en mí tan desdichados. Respóndeme a esto; y si temes que te pueda conocer en la habla, hágote saber que, fuera de mi padre y de mi confesor, no he hablado con hombre alguno en mi vida, y a pocos he oído hablar con tanta comunicación que pueda distinguirles por el sonido de la habla. (...)

No habría pasado, a su parecer, media hora, cuando sintió abrir la puerta del aposento y que a ella se llegó una persona; y, sin hablarle palabra, con un pañuelo le vendó los ojos, y tomándola del brazo la sacó fuera de la estancia, y sintió que volvía a cerrar la puerta. Esta persona era Rodolfo, el cual, aunque había ido a buscar a sus camaradas, no quiso hallarlas, pareciéndole que no le estaba bien hacer testigos de lo que con aquella doncella había pasado; antes, se resolvió en decirles que, arrepentido del mal hecho y movido de sus lágrimas, la había dejado en la mitad del camino. Con este acuerdo volvió tan presto a poner a Leocadia junto a la iglesia mayor, como ella se lo había pedido, antes que amaneciese y el día le estorbase de echalla, y le forzase a tenerla en su aposento hasta la noche venidera, en el cual espacio de tiempo ni él quería volver a usar de sus fuerzas ni dar ocasión a ser conocido. Llevóla, pues, hasta la plaza que llaman de Ayuntamiento; y allí, en voz trocada y en lengua medio portuguesa y castellana, le dijo que seguramente podía irse a su casa, porque de nadie sería seguida; y, antes que ella tuviese lugar de quitarse el pañuelo, ya él se había puesto en parte donde no pudiese ser visto

Miguel de Cervantes, *La Fuerza de la Sangre*, 1613.

- Viaje al Parnaso
- Comedia famosa de Pedro de Urdemalas

La Catedral de Toledo se elevaba majestuosa para demostrar a sus habitantes su omnipresencia y la magnificencia de su creación artística, fiel ejemplo de la grandeza divina en tiempos tan convulsos como aquellos. Pero también ofrecía su lado más humano y terrible. La pobreza, el hambre, las epidemias, las necesidades en general de un pueblo empobrecido, habían convertido aquel lugar en el escenario de las desgracias personales y familiares. En los privilegios, ordenanzas y advertencias que Apolo envía a los poetas españoles al final de su *Adjunta al Parnaso*, Cervantes se refiere a la condición social de los poetas y en tono burlón afirma que todos ellos deben ser tomados por hidalgos, «como son tenidos por cristianos viejos los niños que por hidalgos, llaman de la piedra». Y en su *Pedro de Urdemalas*, el protagonista de la historia le confiesa a su amigo Maldonado sus verdaderos orígenes admitiendo: «Yo soy hijo de la piedra, / que padre no conocí». Es muy probable que en ambas ocasiones Miguel se estuviera refiriendo a la terrible costumbre, apuntada por Covarrubias en su

Tesoro de la lengua castellana o española, de depositar en una piedra situada en la Catedral toledana a los niños a quienes sus madres abandonaban al nacer[2].

- Don Quijote de la Mancha

Claustro de la Catedral

El joven citado por Cervantes quería vender unos viejos papeles, posiblemente a un sedero, para ser usados como envoltorio de refinados productos. Tenemos en Toledo y en su Alcaná gran cantidad de moriscos. Miguel de Cervantes necesita un traductor y cierra el trato con el joven en el **claustro de la Catedral**, que servía de mentidero a la población más ilustrada de la ciudad.

Plaza de los tintes

Con casi toda seguridad, la casa a la que lleva Miguel de Cervantes al joven morisco era de la familia de su mujer, Catalina de Salazar, con la que contrajo matrimonio en 1584, y que a ella correspondía una tercera parte. La casa ubicada en la **plaza de los Tintes, números 3-9 /Plaza del Andaque, 1**, en el barrio del Andaque, cerca del río, pudo ser el lugar en el que Cervantes escribiese, al menos, parte de El Quijote. Miguel de Cervantes y Catalina de Salazar hicieron uso de esta casa en sus viajes a Toledo, que en algunas épocas fueron frecuentes y de estancias prolongadas. El barrio del Andaque era un humilde barrio de tintoreros, pescadores y pelaires no lejos del otrora caudaloso Tajo.

---

[2] «Niño de la piedra, vale expósito, en el Reyno de Toledo, de una piedra que está en la yglesia mayor, donde vienen a echarlos». Covarrubias, Sebastián (1611) *Tesoro de la lengua castellana o española*, pág. 870.
EXPOSITO, TA. adj. En lo literal significa echado y puesto al público; pero comúnmente se toma esta palabra por el niño o niña que han sido echados sde sus padres, o por otra persona a las puertas de las Iglésias, de las casas y otros parages públicos, o por no tener con que criarlos, o porque no se sepa cuyos hijos son. En diferentes Ciudades hai Casas y Hospitales públicos, erigidos para recoger y criar estos niños, los quales se llaman de los Expósitos. En Toledo le intitulan de la Piedra, por la que está destinada en un nicho para que allí los pongan, y en Madrid se llama la Inclusa. *Diccionario de Autoridades* de 1732.
Pedro Cascajo fue un niño de la piedra al que Cervantes no llegó a conocer dado que falleció dos años antes de su llegada a Esquivias, y que fue acogido en su casa por Juana de Ugena y Cosme Carrasco, parientes de su mujer. En el Capítulo V, de la segunda parte de *El Quijote*, en una deliciosa plática que tiene Sancho Panza con su mujer, esta le dice: «...Teresa me pusieron en el bautismo, nombre mondo y escueto, sin añadiduras ni cortapisas, ni arrequives de dones ni doñas, Cascajo se llamó mi padre, y a mí por ser vuestra mujer me llaman Teresa Panza, que a buena razón me habían de llamar Teresa Panza (que a buena razón me habían de llamar Teresa Cascajo)...»

Texto 1

PRIVILEGIOS, ORDENANZAS, y advertencias, que Apolo envia á los poetas Españoles.

(...)

Item, se ordena que todo poeta de qualquier calidad y condicion que sea, sea tenido y le tengan por hijodalgo en razon del generoso exercicio en que se ocupa, como son tenidos por cristianos viejos los niños que llaman de la piedra.

Miguel de Cervantes, *Viaje al Parnaso ,* 1614.

Texto 1

PEDRO

Yo soy hijo de la piedra,
que padre no conocí:
desdicha de las mayores
que a un hombre pueden venir.
No sé dónde me criaron;
pero sé decir que fui
destos niños de dotrina
sarnosos que hay por ahí.
Allí, con dieta y azotes,
que siempre sobran allí,
aprendí las oraciones,
y a tener hambre aprendí;
aunque también con aquesto
supe leer y escribir,
y supe hurtar la limosna,
y desculparme y mentir. (...)

Miguel de Cervantes, *Comedia famosa de Pedro de Urdemalas ,* 1610-1614.

Punto 5 — Calle de las Tendillas

Volviendo casi al inicio de *El Quijote*, en el capítulo segundo de la primera parte, nos encontramos con el admirado humor cervantino. En las "tendillas de Sancho Bienaya" vivía el padre de la moza conocida como "la Tolosa", que tiene el honor de ceñir la espada a nuestro Caballero en su primera estancia en la venta. Don Quijote confunde a "la Tolosa" y a su compañera, "la Molinera", con dos bellas doncellas o damas que estaban en el supuesto castillo. Cervantes, nos dice quiénes eran estas dos mujeres. Estas dos rameras, como dice Cervantes unas líneas después, se presentan a Don Quijote; la Tolosa se presenta como "hija de un remendón natural de Toledo, que vivía a las Tendillas de Sancho Bienaya". Incluso, las dedica unos versos del romance de Lanzarote. Recordar que la calle de las Tendillas era, en tiempos de Cervantes, uno de los centros comerciales más importantes de Toledo (el nombre de Tendillas se debe al gran número de pequeñas tiendas que hubo en la Edad Media y también en la Edad Moderna).

Texto 1

CAPÍTULO II
Que trata de la primera salida que de su tierra hizo el ingenioso don Quijote

Estaban acaso a la puerta dos mujeres mozas, destas que llaman del partido, las cuales iban a Sevilla con unos arrieros que en la venta aquella noche acertaron a hacer jornada; y como a nuestro aventurero todo cuanto pensaba, veía o imaginaba le parecía ser hecho y pasar al modo de lo que había leído, luego que vio la venta se le representó que era un castillo con sus cuatro torres y chapiteles de luciente plata, sin faltarle su puente levadiza y honda cava, con todos aquellos adherentes que semejantes castillos se pintan. Fuese llegando a la venta que a él le parecía castillo, y a poco trecho della detuvo las riendas a Rocinante, esperando que algún enano se pusiese entre las almenas a dar señal con alguna trompeta de que llegaba caballero al castillo. Pero como vio que se tardaban y que Rocinante se daba priesa por llegar a la caballeriza, se llegó a la puerta de la venta y vio a las dos destraídas mozas que allí estaban, que a él le parecieron dos hermosas doncellas o dos graciosas damas que delante de la puerta del castillo se estaban solazando. En esto sucedió acaso que un porquero que andaba recogiendo de unos rastrojos una manada de puercos (que sin perdón así se llaman) tocó un cuerno, a cuya señal ellos se recogen, y al instante se le representó a don Quijote lo que deseaba, que era que algún enano hacía señal de su venida; y, así, con estraño contento llegó a la venta y a las damas, las cuales, como vieron venir un hombre de aquella suerte armado, y con lanza y adarga, llenas de miedo se iban a entrar en la venta; pero don Quijote, coligiendo por su huida su miedo, alzándose la visera de papelón y descubriendo su seco y polvoroso rostro, con gentil talante y voz reposada les dijo:

—Non fuyan las vuestras mercedes, ni teman desaguisado alguno, ca a la orden de caballería que profeso non toca ni atañe facerle a ninguno, cuanto más a tan altas doncellas como vuestras presencias demuestran.

Mirábanle las mozas y andaban con los ojos buscándole el rostro, que la mala visera le encubría; mas como se oyeron llamar doncellas, cosa tan fuera de su profesión, no pudieron tener la risa y fue de manera que don Quijote vino a correrse y a decirles:

—Bien parece la mesura en las fermosas, y es mucha sandez además la risa que de leve causa procede; pero non vos lo digo porque os acuitedes ni mostredes mal talante, que el mío non es de ál que de serviros.

El lenguaje, no entendido de las señoras, y el mal talle de nuestro caballero acrecentaba en ellas la risa, y en él el enojo, y pasara muy adelante si a aquel punto no saliera el ventero, hombre que, por ser muy gordo, era muy pacífico, el cual, viendo aquella figura contrahecha, armada de armas tan desiguales como eran la brida, lanza, adarga y coselete, no estuvo en nada en acompañar a las doncellas en las muestras de su contento. Mas, en efeto, temiendo la máquina de tantos pertrechos, determinó de hablarle comedidamente y, así, le dijo:

—Si vuestra merced, señor caballero, busca posada, amén del lecho, porque en esta venta no hay ninguno, todo lo demás se hallará en ella en mucha abundancia. (...)

Miguel de Cervantes Saavedra (1605) «Cap. II - Que trata de la primera salida que de su tierra hizo el ingenioso don Quijote», *El ingenioso hidalgo don Quijote de La Mancha*

CAPÍTULO III
Donde se cuenta la graciosa manera que tuvo don Quijote en armarse caballero

(...) Advertido y medroso desto el castellano, trujo luego un libro donde asentaba la paja y cebada que daba a los arrieros, y con un cabo de vela que le traía un muchacho, y con las dos ya dichas doncellas, se vino adonde don Quijote estaba, al cual mandó hincar de rodillas; y, leyendo en su manual, como que decía alguna devota oración, en mitad de la leyenda alzó la mano y diole sobre el cuello un buen golpe, y tras él, con su mesma espada, un gentil espaldarazo, siempre murmurando entre dientes, como que rezaba. Hecho esto, mandó a una de aquellas damas que le ciñese la espada, la cual lo hizo con mucha desenvoltura y discreción, porque no fue menester poca para no reventar de risa a cada punto de las ceremonias; pero las proezas que ya habían visto del novel caballero les tenía la risa a raya. Al ceñirle la espada dijo la buena señora:

—Dios haga a vuestra merced muy venturoso caballero y le dé ventura en lides.

Don Quijote le preguntó cómo se llamaba, porque él supiese de allí adelante a quién quedaba obligado por la merced recebida, porque pensaba darle alguna parte de la honra que alcanzase por el valor de su brazo. Ella respondió con mucha humildad que se llamaba **la Tolosa**, **y que era hija de un remendón natural de Toledo, que vivía a las tendillas de Sancho Bienaya**, y que dondequiera que ella estuviese le serviría y le tendría por señor. Don Quijote le replicó que, por su amor,

le hiciese merced que de allí adelante se pusiese *don* y se llamase «doña Tolosa». Ella se lo prometió, y la otra le calzó la espuela, con la cual le pasó casi el mismo coloquio que con la de la espada. Preguntóle su nombre, y dijo que se llamaba la Molinera y que era hija de un honrado molinero de Antequera; a la cual también rogó don Quijote que se pusiese *don* y se llamase «doña Molinera», ofreciéndole nuevos servicios y mercedes.

Miguel de CERVANTES SAAVEDRA (1605) «Cap. III - Donde se cuenta la graciosa manera que tuvo don Quijote en armarse caballero», *El ingenioso hidalgo don Quijote de La Mancha*

Punto 6 — Las Ventillas

- Don Quijote de la Mancha

Menciona en numerosas ocasiones Cervantes las **Ventas** o **Ventillas** situadas en los alrededores de Toledo, sobre todo cerca de los puentes, Alcántara y San Martín, de las puertas de Bisagra, Perpiñán y Cristo de la Luz y, especialmente, en el camino de Madrid. Cervantes explica que las Ventillas de Toledo son lugares en los que se reúnen las gentes de mala reputación y, por tanto, son poco recomendables. Serían territorios de rufianes, holgazanes, mozas de partido, pícaros.

Texto 1

CAPÍTULO III
Donde se cuenta la graciosa manera que tuvo don Quijote en armarse caballero

El ventero, que, como está dicho, era un poco socarrón y ya tenía algunos barruntos de la falta de juicio de su huésped8, acabó de creerlo cuando acabó de oírleII semejantes razones y, por tener que reír aquella noche, determinó de seguirle el humor; y, así, le dijo que andaba muy acertado en lo que deseaba y pedía y que talIII prosupuesto9 era propio y natural de los caballeros tan principales como él parecía y como su gallarda presencia mostraba; y que él ansimesmo, en los años de su mocedad, se había dado a aquel honroso ejercicio, andando por diversas partes del mundo, buscando sus aventuras, sin que hubiese dejado los Percheles de Málaga, Islas de RiaránIV, Compás de Sevilla, Azoguejo de Segovia, la Olivera de Valencia, Rondilla de Granada, Playa de Sanlúcar, Potro de Córdoba y las Ventillas de Toledo y otras diversas partes10, donde había ejercitado la ligereza de sus pies, sutileza de sus manos, haciendo muchos tuertos, recuestando muchas viudas11, deshaciendo algunas doncellas y engañando a algunos pupilos y, finalmente, dándose a conocer por cuantas audiencias y tribunales hay casi en toda España12; y que, a lo último, se había venido a recoger a aquel su castillo, donde vivía con su hacienda y con las ajenas, recogiendo en él a todos los caballeros andantes, de cualquiera calidad y condición que fuesen, solo por la mucha afición que les tenía y porque partiesen con él de sus haberes13, en pago de su buen deseo.

Miguel de Cervantes Saavedra (1605) «Cap. III - Donde se cuenta la graciosa manera que tuvo don Quijote en armarse caballero», *El ingenioso hidalgo don Quijote de La Mancha*

Texto 1

En fin, en Carriazo vio el mundo un pícaro virtuoso, limpio, bien criado y más que medianamente discreto. Pasó por todos los grados de pícaro hasta que se graduó de maestro en las almadrabas de Zahara, donde es el finibusterrae de la picaresca. ¡Oh pícaros de cocina, sucios, gordos y lucios; pobres fingidos, tullidos falsos, cicateruelos de Zocodover y de la plaza de Madrid, vistosos oracioneros, esportilleros de Sevilla, mandilejos de la hampa, con toda la caterva innumerable

que se encierra debajo deste nombre pícaro!, bajad el toldo, amainad el brío, no os llaméis pícaros si no habéis cursado dos cursos en la academia de la pesca de los atunes. ¡Allí, allí, que está en su centro el trabajo junto con la poltronería! Allí está la suciedad limpia, la gordura rolliza, la hambre prompta, la hartura abundante, sin disfraz el vicio, el juego siempre, las pendencias por momentos, las muertes por puntos, las pullas a cada paso, los bailes como en bodas, las seguidillas como en estampa, los romances con estribos, la poesía sin acciones. Aquí se canta, allí se reniega, acullá se riñe, acá se juega, y por todo se hurta. Allí campea la libertad y luce el trabajo; allí van o envían muchos padres principales a buscar a sus hijos y los hallan; y tanto sienten sacarlos de aquella vida como si los llevaran a dar la muerte.

Pero toda esta dulzura que he pintado tiene un amargo acíbar que la amarga, y es no poder dormir sueño seguro, sin el temor de que en un instante los trasladan de Zahara a Berbería.

Miguel de Cervantes, *La ilustre fregona,* 1613.

- El rufián dichoso

Estas ventas o ventillas toledanas eran el lugar de reunión de vagabundos y pendencieros donde, según *El rufián dichoso*, se jugaba a las cartas, se bebía y la violencia era frecuente entre sus clientes. a finales del siglo XVI y principios de la centuria siguiente había en Toledo cincuenta y dos ventas.

Texto 1

Antonio.- El cargo no aceptará.
Cruz.- ¿No saben estos benditos
como soy simple y grosero,
y hijo de un tabernero,
y padre de mil delitos?
Antonio.- Si yo pudiera dar voto
a fe que no te le diera;
antes, a todos dijera
la vida que de hombre roto
en Sevilla y en Toledo
te vi hacer.
Cruz.- Tiempo te queda:
dila, amigo, porque pueda
escaparme deste miedo
que tengo de ser prelado,
cargo para mí indecente:
que, ¿a qué será suficiente
hombre que está tan llagado
y que ha sido un...?
Antonio.- ¿Qué? ¿Rufián?
Que por Dios, y así me goce,
que le vi reñir con doce
de heria y de San Román;
y en Toledo, en las Ventillas,
con siete terciopeleros,
él hecho zaque, ellos cueros,
le vide hacer maravillas.
¡Qué de capas vi a sus pies!
¡Qué de broqueles rajados!
¡Qué de cascos abollados!
Hirió a cuatro: huyeron tres.
Para aqueste ministerio
sí que le diera mi voto,
porque en él fuera el más doto
rufián de nuestro hemisferio;
pero para ser prior
no le diera yo jamás.
Cruz.- ¡Oh, cuánto en lo cierto estás,
Antonio!
Antonio.- ¡Y cómo, señor!
Cruz.- Así cual quieres te goces,
cristiano, y fraile, y sin mengua,
que des un filo a la lengua
y digas mi vida a voces.

Miguel de Cervantes, *El rufián dichoso,* 1615.

Punto 7 — La plaza de Zocodover

En ***El Quijote*** observamos más pasajes que mencionan a la Imperial Ciudad. Por ejemplo, la plaza de Zocodover se cita dos veces. Una de ellas en el capitulo veintidós, cuando Don Quijote se cruza en el camino con una cuerda de galeotes, uno de ellos Ginés de Pasamonte, que le dice a nuestro caballero después de ofrecerle veinte ducados:

Texto 1

CAPÍTULO XXII
De la libertad que dio don Quijote a muchos desdichados que mal de su grado los llevaban donde no quisieran ir

El cual, pasando al tercero, preguntó lo que a los otros; el cual de presto y con mucho desenfado respondió y dijo:

—Yo voy por cinco años a las señoras gurapas por faltarme diez ducados.

—Yo daré veinte de muy buena gana —dijo don Quijote— por libraros desa pesadumbre.

—Eso me parece —respondió el galeote— como quien tiene dineros en mitad del golfo y se está muriendo de hambre, sin tener adonde comprar lo que ha menester. Dígolo porque si a su tiempo tuviera yo esos veinte ducados que vuestra merced ahora me ofrece, hubiera untado con ellos la péndola del escribano y avivado el ingenio del procurador, de manera que hoy me viera en mitad de la plaza de Zocodover de Toledo, y no en este camino, atraillado como galgo; pero Dios es grande: paciencia, y basta.

Miguel de Cervantes Saavedra (1605) «Cap. XXII - De la libertad que dio don Quijote a muchos desdichados que mal de su grado los llevaban donde no quisieran ir», *El ingenioso hidalgo don Quijote de La Mancha*

La otra mención a la plaza de Zocodover es cuando Sancho Panza diserta con un estudiante sobre el habla de los toledanos. El estudiante le expone la gran diferencia que existe entre el castellano pulido y elegante que se habla en el claustro de la Catedral toledana y el castellano vulgar y hasta soez que se hablaba en la Plaza de Zocodover, lugar de pícaros y maleantes.

Texto 1

CAPÍTULO XXII
De la libertad que dio don Quijote a muchos desdichados que mal de su grado los llevaban donde no quisieran ir

—No se apunte vuestra merced conmigo -respondió Sancho-, pues sabe que no me he criado en la Corte, ni he estudiado en Salamanca, para saber si añado o quito alguna letra a mis vocablos. Sí, que, ¡válgame Dios!, no hay para qué obligar al sayagués a que hable como el toledano, y toledanos puede haber que no las corten en el aire en esto del hablar polido.

—Así es -dijo el licenciado-, porque no pueden hablar tan bien los que se crían en las Tenerías y en Zocodover como los que se pasean casi todo el día por el claustro de la Iglesia Mayor, y todos son toledanos. El lenguaje puro, el propio, el elegante y claro, está en los discretos cortesanos, aunque hayan nacido en Majalahonda: dije discretos porque hay muchos que no lo son, y la discreción es la gramática del buen lenguaje, que se acompaña con el uso. Yo, señores, por mis pecados, he estudiado Cánones en Salamanca, y pícome algún tanto de decir mi razón con palabras claras, llanas y significantes.

Miguel de Cervantes Saavedra (1605) «Cap. XXII - De la libertad que dio don Quijote a muchos desdichados que mal de su grado los llevaban donde no quisieran ir», *El ingenioso hidalgo don Quijote de La Mancha*

Volveremos a hablar de la plaza de Zocodover en alguna de las Novelas Ejemplares de Miguel de Cervantes; por ejemplo en *La Ilustre Fregona* o *Rinconete y Cortadillo*.

Texto 1

En repetir las palabras de los mozos, y en remedar y contrahacer el modo y los ademanes con que las decían, entretuvieron el camino hasta Toledo; y luego, siendo la guía Carriazo, que ya otra vez había estado en aquella ciudad, bajando por la **Sangre de Cristo**, dieron con la posada del Sevillano; pero no se atrevieron a pedirla allí, porque su traje no lo pedía.

Miguel de Cervantes, *La ilustre fregona,* 1613.

Punto 8 — Río Tajo

Cervantes era un ferviente seguidor de la obra de Garcilaso de la Vega; Toledo y Garcilaso tenían para él valores similares que admiraba con autentico ardor. Garcilaso era el poeta y caballero que tanto anhelaba. Por ello, en *El Quijote* hace varias alusiones a Garcilaso y, por supuesto, al garcilasiano río Tajo. En el capítulo octavo de la segunda parte leemos:

Texto 1

Capítulo VIII
Donde se cuenta lo que le sucedió a don Quijote yendo a ver su señora Dulcinea del Toboso

—¡Que todavía das, Sancho -dijo don Quijote-, en decir, en pensar, en creer y en porfiar que mi señora Dulcinea ahechaba trigo, siendo eso un menester y ejercicio que va desviado de todo lo que hacen y deben hacer las personas principales que están constituidas y guardadas para otros ejercicios y entretenimientos, que muestran a tiro de ballesta su principalidad...! Mal se te acuerdan a ti, ¡oh Sancho!, aquellos versos de nuestro poeta donde nos pinta las labores que hacían allá en sus moradas de cristal aquellas cuatro ninfas que del **Tajo** amado sacaron las cabezas, y se sentaron a labrar en el prado verde aquellas ricas telas que allí el ingenioso poeta nos describe, que todas eran de oro, sirgo y perlas contestas y tejidas. Y desta manera debía de ser el de mi señora cuando tú la viste; sino que la envidia que algún mal encantador debe de tener a mis cosas, todas las que me han de dar gusto trueca y vuelve en diferentes figuras que ellas tienen; y así, temo que, en aquella historia que dicen que anda impresa de mis hazañas, si por ventura ha sido su autor algún sabio mi enemigo, habrá puesto unas cosas por otras, mezclando con una verdad mil mentiras, divirtiéndose a contar otras acciones fuera de lo que requiere la continuación de una verdadera historia. ¡Oh envidia, raíz de infinitos males y carcoma de las virtudes! Todos los vicios, Sancho, traen un no sé qué de deleite consigo, pero el de la envidia no trae sino disgustos, rancores y rabias.

Miguel de Cervantes Saavedra (1616) «Cap. VIII - Donde se cuenta lo que le sucedió a don Quijote yendo a ver su señoraI Dulcinea del Toboso» *Segunda parte del ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*.

En el capítulo VIII de *Los Trabajos de Persiles y Sigismunda* nos recuerda:

Texto 1

Capítulo octavo del tercero libro

O es la fama del río Tajo tal que la cierren límites ni la ignoren las más remotas gentes del mundo; que a todos se estiende y a todos se manifiesta, y en todos hace nacer un deseo de conocerle; y, como es uso de los setentrionales ser toda la gente principal versada en la lengua latina y en los antiguos poetas, éralo asimismo Periandro, como uno de los más principales de aquella nación; y, así por esto como por haber mostrádole a la luz del mundo aquellos días las famosas obras del jamás alabado como se debe poeta Garcilaso de la Vega, y haberlas él visto, leído, mirado y admirado, así como vio al claro río, dijo:

Miguel de Cervantes, *Los Trabajos de Persiles y Sigismunda,* 1617.

Antes, en el prólogo de *El Quijote* nos recuerda:

Texto 1

Prólogo

Tras esto, para mostraros hombre erudito en letras humanas y cosmógrafo, haced de modo como en vuestra historia se nombre el río Tajo, y veréisos luego con otra famosa anotación, poniendo: «El río Tajo fue así dicho por un rey de las Españas; tiene su nacimiento en tal lugar y muere en el mar Océano, besando los muros de la famosa ciudad de Lisboa, y es opinión que tiene las arenas de oro», etc.

Miguel de Cervantes, *El Quijote,* Prólogo de la primera parte.

Texto 1

Las riquezas os dejo en esperanza,
pero no en posesión, premio seguro
que al reino aspira de la inmensa holganza.
Por la belleza deste monte os juro
que quisiera al más mínimo entregalle
un privilegio de cien mil de juro.
Mas no produce minas este valle;
aguas sí, salutíferas y buenas,
y monas que de cisnes tienen talle.
Volved a ver, ¡oh amigos!, las arenas
del aurífero Tajo en paz segura
y en dulces horas de pesar ajenas.

Miguel de Cervantes, *Viaje del Parnaso,* 1614.

Punto 9 — Huerta del Rey

La Huerta del Rey es una antigua huerta conocida en época de dominación árabe como "ALMUNIA ALMANSURA". En su recinto se encuentra hoy en día el "Palacio de Galiana", construcción árabe del siglo X residencia del Rey de la Taifa de Toledo "AL MAMUN".

Texto 1

Creyóle el Asturiano y díjole que guiase adonde estaba el asno que tanto encarecía. Fuéronse los dos mano a mano, como dicen, hasta que llegaron a la Huerta del Rey, donde a la sombra de una azuda hallaron muchos aguadores, cuyos asnos pacían en un prado que allí cerca estaba. Mostró el vendedor su asno, tal que le hinchó el ojo al Asturiano, y de todos los que allí estaban fue alabado el asno de fuerte, de caminador y comedor sobremanera. Hicieron su concierto, y, sin otra seguridad ni información, siendo corredores y medianeros los demás aguadores, dio diez y seis ducados por el asno, con todos los adherentes del oficio.

Llegaron a la Huerta del Rey, donde a la sombra de una azuda hallaron muchos aguadores, cuyos asnos pacían en un prado que allí cerca estaba.

Miguel de Cervantes, *La ilustre fregona,* 1613.

Punto 10 — Palacio de Galiana

En el capítulo cincuenta y cinco de la segunda parte, Sancho se precipita dentro de una sima y se acuerda de los toledanos **Palacios de Galiana**[3], ubicados en la Huerta del Rey. El palacio de Galiana está situado extramuros de la ciudad de Toledo, en el paraje conocido como la Huerta del Rey, un enclave perteneciente a la vega del río Tajo. Se puede afirmar que se trata una antigua almunia o palacio hispano-musulmán del siglo XI, compuesto por salas de recepción -el edificio actual- , conectadas con una gran alberca y unos jardines, situado en el mismo lugar donde se encontraba la residencia de verano del rey Al Mamun. En 1385 el sitio (Huerta del Rey) aparece como propiedad del rey Juan I de Castilla, que lo dona al Convento de Jerónimos de la Sisla y posteriormente éstos lo venden, en 1394, a Dª Beatriz de Silva, figurando ésta como propietaria en un documento de 1397.

Desde el siglo XVI el edificio recibe el nombre de Palacio de Galiana, en memoria de los palacios y jardines que habitara Galiana, princesa musulmana, esposa de Carlomagno, situados en el alfeicen (al-Hizan) toledano junto al Alcázar.

A principios del siglo XX el edificio presentaba un estado ruinoso, siendo restaurado y estando actualmente en manos privadas, dedicado a labores de hostelería.

El edificio que se puede ver hoy es una obra de estilo mudéjar, surgida de las reformas practicadas en los siglos XIII y XIV, conservando su estructura primitiva. La fábrica de la fachada está realizada con el típico aparejo toledano, formado por mampuesto encintado con refuerzo de ladrillos en vanos y esquinas, y en la que se ha recuperado, tras las últimas restauraciones, los merlones de las partes altas. Consta de dos alturas y es de planta rectangular que se completa con una zona de edificación abierta desarrollada en planta, también rectangular, a lo largo de su fachada principal. Se trata de un edificio formado por tres cuerpos perpendiculares a la fachada. Los dos laterales, de planta rectangular, se elevan formando sendos volúmenes a modo de torres. El cuerpo central es de menor altura y forma una unidad con los laterales en la planta baja; en la planta alta este cuerpo central queda unido mediante un muro de fachada a los laterales y tiene abiertos cuatro vanos con arcos de medio punto, más otro central adintelado de mayores proporciones. Otros seis vanos de arco de medio punto se abren en el piso superior de la fachada opuesta.

En el interior aparece una profusión de labores decorativas propias del estilo mudéjar, entre las que se encuentran las ventanas pareadas, formadas por un juego de arquillos lobulados sustentados por estilizadas columnillas con heráldica en los capiteles, las yeserías en los encuadramientos de los vanos dibujando figuras de lazos de ocho, o los

[3] https://toledoolvidado.blogspot.com/2011/05/el-palacio-de-galiana.html

zócalos pintados en las habitaciones del segundo piso. También se conserva un patio rehundido, un jardín y una alberca.

Texto 1

Capítulo LV
De cosas sucedidas a Sancho en el camino, y otras que no hay más que ver

En esto, descubrió a un lado de la sima un agujero, capaz de caber por él una persona, si se agobiaba y encogía. Acudió a él Sancho Panza, y, agazapándose, se entró por él y vio que por de dentro era espacioso y largo, y púdolo ver, porque por lo que se podía llamar techo entraba un rayo de sol que lo descubría todo. Vio también que se dilataba y alargaba por otra concavidad espaciosa; viendo lo cual, volvió a salir adonde estaba el jumento, y con una piedra comenzó a desmoronar la tierra del agujero, de modo que en poco espacio hizo lugar donde con facilidad pudiese entrar el asno, como lo hizo; y, cogiéndole del cabestro, comenzó a caminar por aquella gruta adelante, por ver si hallaba alguna salida por otra parte. A veces iba a escuras, y a veces sin luz, pero ninguna vez sin miedo.

—¡Válame Dios todopoderoso! -decía entre sí-. Esta que para mí es desventura, mejor fuera para aventura de mi amo don Quijote. Él sí que tuviera estas profundidades y mazmorras por jardines floridos y por palacios de Galiana, y esperara salir de esta escuridad y estrecheza a algún florido prado; pero yo, sin ventura, falto de consejo y menoscabado de ánimo, a cada paso pienso que debajo de los pies de improviso se ha de abrir otra sima más profunda que la otra, que acabe de tragarme. ¡Bien vengas mal, si vienes solo!

Miguel de Cervantes Saavedra (1616) «Cap. LV - De cosas sucedidas a Sancho en el camino, y otras que no hay más que ver» *Segunda parte del ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*.

Punto 11 — Hospital de la Visitación

Sin alejarnos demasiado de Zocodover llegamos al Hospital de la Visitación o de los Inocentes, conocido popularmente por todos los toledanos como "el Nuncio", lugar para dementes en el que es internado el Don Quijote creado por Avellaneda, tras el que algunos sospechan la fructífera mano de Lope de Vega o de alguno de sus pupilos. En el último capítulo, del Quijote de Avellaneda, refiere la entrada de Don Quijote en el Nuncio. Cervantes, en la segunda parte, capítulo setenta y dos, se burla inteligentemente de dicho acontecimiento cuando el personaje don Álvaro Tarfe comenta a Sancho haber sido muy amigo de Don Quijote:

Texto 1

Capítulo LXXII
De cómo don Quijote y Sancho llegaron a su aldea

—Eso creo yo muy bien -dijo a esta sazón Sancho-, porque el decir gracias no es para todos, y ese Sancho que vuestra merced dice, señor gentilhombre, debe de ser algún grandísimo bellaco, frión y ladrón juntamente, que el verdadero Sancho Panza soy yo, que tengo más gracias que llovidas; y si no, haga vuestra merced la experiencia, y ándese tras de mí, por los menos un año, y verá que se me caen a cada paso, y tales y tantas que, sin saber yo las más veces lo que me digo, hago reír a cuantos me escuchan; y el verdadero don Quijote de la Mancha, el famoso, el valiente y el discreto, el enamorado, el desfacedor de agravios, el tutor de pupilos y huérfanos, el amparo de las viudas, el matador de las doncellas, el que tiene por única señora a la sin par Dulcinea del Toboso, es este señor que está presente, que es mi amo; todo cualquier otro don Quijote y cualquier otro Sancho Panza es burlería y cosa de sueño.

—¡Por Dios que lo creo! -respondió don Álvaro-, porque más gracias habéis dicho vos, amigo, en cuatro razones que habéis hablado, que el otro Sancho Panza en cuantas yo le oí hablar, que fueron muchas. Más tenía de comilón que de bien hablado, y más de tonto que de gracioso, y tengo por sin duda que los encantadores que persiguen a don Quijote el bueno han querido perseguirme a mí con don Quijote el malo. Pero no sé qué me diga; que osaré yo jurar que le dejo metido en la casa del Nuncio, en Toledo, para que le curen, y agora remanece aquí otro don Quijote, aunque bien diferente del mío.

—Yo -dijo don Quijote- no sé si soy bueno, pero sé decir que no soy el malo; para prueba de lo cual quiero que sepa vuesa merced, mi señor don Álvaro Tarfe, que en todos los días de mi vida no he estado en Zaragoza; antes, por haberme dicho que ese don Quijote fantástico se había hallado en las justas desa ciudad, no quise yo entrar en ella, por sacar a las barbas del mundo su mentira; y así, me pasé de claro a Barcelona, archivo de la cortesía, albergue de los estranjeros, hospital de los pobres, patria de los valientes, venganza de los ofendidos y correspondencia grata de firmes amistades, y, en sitio y en belleza, única. Y, aunque los sucesos que en ella me han sucedido no son de mucho gusto, sino de mucha pesadumbre, los llevo sin ella, sólo por haberla visto. Finalmente, señor don Álvaro Tarfe, yo soy don Quijote de la Mancha, el mismo que dice la fama, y no ese desventurado que ha querido usurpar mi nombre y honrarse con mis pensamientos. A vuestra merced suplico, por lo que debe a ser caballero, sea servido de hacer una declaración ante el alcalde deste lugar, de que vuestra merced no me ha visto en

todos los días de su vida hasta agora, y de que yo no soy el don Quijote impreso en la segunda parte, ni este Sancho Panza mi escudero es aquél que vuestra merced conoció.

Miguel de CERVANTES SAAVEDRA (1616) «Cap. LXXII - De cómo don Quijote y Sancho llegaron a su aldea» *Segunda parte del ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*.

Punto 12 — Puerta del Cambrón - Antiguo convetno de San Agustín

Una de las portadas que aún se conservan del Convento de San Agustín, formando parte del IES Sefarad. Foto: L. Morillas.

Donde hoy se encuentra el IES "Sefarad", al lado de la Puerta del Cambrón, se hallaba en tiempos de Cervantes el Convento de San Agustín. Allí profesó y fue enterrado, Fray Alonso Quijada de Salazar, posiblemente el don Alonso Quijada que sirvió de modelo para la creación de **Don Quijote de La Mancha**. Era tío abuelo de Catalina de Salazar, esposa de Miguel de Cervantes. Parece que tenía un gusto desmedido por leer libros de caballerías; de unos cincuenta años, descuidado con su hacienda y delgado y hasta coincide nombre y apellido. Leamos detenidamente lo que Cervantes escribe de él en el primer capítulo:

Convento de San Agustín en un detalle de una vista de Toledo en 1562, por Anton Van den Wyngaerde (Fuente: Toledo Pintoresca)F

Texto 1

Capítulo LXXII
De cómo don Quijote y Sancho llegaron a su aldea

Frisaba la edad de nuestro hidalgo con los cincuenta años. Era de complexión recia, seco de carnes, enjuto de rostro, gran madrugador y amigo de la caza. Quieren decir que tenía el sobrenombre de «Quijada», o «Quesada», que en esto hay alguna diferencia en los autores que deste caso escriben, aunque por conjeturas verisímilesII se deja entender que se llamaba «Quijana». Pero esto importa poco a nuestro cuento: basta que en la narración dél no se salga un punto de la verdad.

Es, pues, de saber que este sobredicho hidalgo, los ratos que estaba ocioso —que eran los más del año—, se daba a leer libros de caballerías, con tanta afición y gusto, que olvidó casi de todo punto el ejercicio de la caza y aun la administración de su hacienda; y llegó a tanto su curiosidad y desatino en esto, que vendió muchas hanegas de tierra de sembradura para comprar libros de caballerías en que leer, y, así, llevó a su casa todos cuantos pudo haber dellos; y, de todos, ningunos le parecían tan bien como los que compuso el famoso Feliciano de Silva, porque la claridad de su prosa y aquellas entricadas razones suyas le parecían de perlas, y más cuando llegaba a leer aquellos requiebros y cartas de desafíos, donde en muchas partes hallaba escrito: «La razón de la sinrazón que a mi razón se hace, de tal manera mi razón enflaquece, que con razón me quejo de la vuestra fermosura». Y también cuando leía: «Los altos cielos que de vuestra divinidad divinamente con las estrellas os fortifican y os hacen merecedora del merecimiento que merece la vuestra grandeza...»

Miguel de Cervantes Saavedra (1616) «Cap. LXXII - De cómo don Quijote y Sancho llegaron a su aldea» *Segunda parte del ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*.

Miguel de Cervantes, *Don Quijote,* Capítulo I.

Curiosamente, Cervantes publicó la primera parte de su novela cuatro meses más tarde del fallecimiento de su pariente Alonso Quijada. Hay quien dice que Miguel de Cervantes prefirió no publicar la novela en vida de su familiar.

Punto 13 — Calle Cervantes

En la calle de Cervantes, que baja desde Zocodover, conocida entonces como calle del Carmen, situó su novela más toledana: *La ilustre fregona*. La citada calle era lugar de mesones y posadas, por ello, gran parte de su argumento transcurre en la "posada del Sevillano", donde se ubicaba hoy se puede ver una placa colocada en 1997[4].

Por tener la posada un aguador que abastecía a personas y a animales abundaban los mozos de mulas. Observamos que también se hospedaban los amos, pues era una posada en la que se podían alojar personas de distintas clases sociales.

Texto 1

—A lo menos -respondió el huésped- es de las mejores y más abundantes que hay en ella; mas otra cosa nos falta ahora, que es buscar quien vaya por agua al río; que también se me fue otro mozo que, con un asno que tengo famoso, me tenía rebosando las tinajas y hecha un lago de agua la casa. Y una de las causas por que los mozos de mulas se huelgan de traer sus amos a mi posada es por la abundancia de agua que hallan siempre en ella; porque no llevan su ganado al río, sino dentro de casa beben las cabalgaduras en grandes barreños. (...)

—Predicador te has vuelto -dijo el de Sevilla-, y, según llevas la retahíla, no acabarás tan presto, y yo no te puedo aguardar; y esta noche no vayas a posar donde sueles, sino en la posada del Sevillano, porque verás en ella la más hermosa fregona que se sabe. Marinilla, la de la venta Tejada, es asco en su comparación; no te digo más sino que hay fama que el hijo del Corregidor bebe los vientos por ella. Uno desos mis amos que allá van jura que, al volver que vuelva al Andalucía, se ha de estar dos meses en Toledo y en la misma posada, sólo por hartarse de mirarla. Ya le dejo yo en señal un pellizco, y me llevo en contracambio un gran torniscón. Es dura como un mármol, y zahareña como villana de Sayago, y áspera como una ortiga; pero tiene una cara de pascua y un rostro de buen año: en una mejilla tiene el sol y en la otra la luna; la una es hecha de rosas y la otra de claveles, y en entrambas hay también azucenas y jazmines. No te digo más, sino que la veas, y verás que no te he dicho nada, según lo que te pudiera decir, acerca de su hermosura. En las dos mulas rucias que sabes que tengo mías, la dotara de

[4] Para saber más del Mesón del Sevillano y del porque se detectó en este sitio (donde hoy se han construido aparcamientos y del antiguo edificio solo queda una placa conmemorativa) aconsejamos la lectura de un interesante articulo por Eduardo Sánchez Butragueño https://toledoolvidado.blogspot.com/2012/02/el-meson-del-sevillano.html

> buena gana, si me la quisieran dar por mujer; pero yo sé que no me la darán, que es joya para un arcipreste o para un conde. Y otra vez torno a decir que allá lo verás. Y adiós, que me mudo.
>
> Miguel de Cervantes, *La ilustre fregona,* 1613.

En *La Ilustre fregona*, Cervantes nos narra pedazos de la vida toledana; pendencias de aguadores con alguaciles y corchetes, pero también a otros no menos "ilustres" personajes de la ciudad como pícaros, tullidos, bobas, pobres, hidalgos, etc. Cervantes nos relata a varios personajes que trajinaban por la plaza del zoco:

Texto 1

> ¡Oh pícaros de cocina, sucios, gordos y lucios; pobres fingidos, tullidos falsos, cicateruelos de Zocodover y de la plaza de Madrid, vistosos oracioneros, esportilleros de Sevilla, mandilejos de la hampa, con toda la caterva inumerable que se encierra debajo deste nombre pícaro!, bajad el toldo, amainad el brío, no os llaméis pícaros si no habéis cursado dos cursos en la academia de la pesca de los atunes. ¡Allí, allí, que está en su centro el trabajo junto con la poltronería! Allí está la suciedad limpia, la gordura rolliza, la hambre prompta, la hartura abundante, sin disfraz el vicio, el juego siempre, las pendencias por momentos, las muertes por puntos, las pullas a cada paso, los bailes como en bodas, las seguidillas como en estampa, los romances con estribos, la poesía sin acciones. Aquí se canta, allí se reniega, acullá se riñe, acá se juega, y por todo se hurta. Allí campea la libertad y luce el trabajo; allí van o envían muchos padres principales a buscar a sus hijos y los hallan; y tanto sienten sacarlos de aquella vida como si los llevaran a dar la muerte.
>
> Miguel de Cervantes, *La ilustre fregona,* 1613.

Otra vez, en La ilustre fregona, Cervantes nos baja al río, a la Huerta del Rey, donde mientras bebían y comían las caballerías, los azacanes se jugaban las ganancias:

Texto 1

> Creyóle el Asturiano y díjole que guiase adonde estaba el asno que tanto encarecía. Fuéronse los dos mano a mano, como dicen, hasta que llegaron a la Huerta del Rey, donde a la sombra de una azuda hallaron muchos aguadores, cuyos asnos pacían en un prado que allí cerca estaba. Mostró el vendedor su asno, tal que le hinchó el ojo al Asturiano, y de todos los que allí estaban fue alabado el asno de fuerte, de caminador y comedor sobremanera. Hicieron su concierto, y, sin otra seguridad ni información, siendo corredores y medianeros los demás aguadores, dio diez y seis ducados por el asno, con todos los adherentes del oficio.
>
> Miguel de Cervantes, *La ilustre fregona,* 1613.

Cervantes también introduce en sus obras personajes reales, es el caso del **doctor Rodrigo de la Fuente**. Era el de más fama en la ciudad de Toledo, al decir del huésped de la posada de *La Ilustre Fregona*. A buen seguro que el médico frecuentaba los mismos círculos que El Greco, persona inclinada a las conversaciones eruditas, amante

Doménicos Theotokópoulos, 'el Greco' (1540-1614): «El médico (Retrato del Dr. Rodrigo de la Fuente)».

de la música y de la lectura. Porque, según parece, ni místico ni visionario era el pintor cretense en su vida privada, a pesar de lo que dejaran suponer sus obras.

Texto 1

—«Hoy hacen, señor, según mi cuenta, quince años, un mes y cuatro días que llegó a esta posada una señora en hábito de peregrina, en una litera, acompañada de cuatro criados de a caballo y de dos dueñas y una doncella, que en un coche venían. Traía asimismo dos acémilas cubiertas con dos ricos reposteros, y cargadas con una rica cama y con aderezos de cocina. Finalmente, el aparato era principal y la peregrina representaba ser una gran señora; y, aunque en la edad mostraba ser de cuarenta o pocos más años, no por eso dejaba de parecer hermosa en todo estremo. Venía enferma y descolorida, y tan fatigada que mandó que luego luego le hiciesen la cama, y en esta misma sala se la hicieron sus criados. Preguntáronme cuál era el médico de más fama desta ciudad. Díjeles que el doctor de la Fuente. Fueron luego por él, y él vino luego; comunicó a solas con él su enfermedad; y lo que de su plática resultó fue que mandó el médico que se le hiciese la cama en otra parte y en lugar donde no le diesen ningún ruido. Al momento la mudaron a otro aposento que está aquí arriba apartado, y con la comodidad que el doctor pedía. Ninguno de los criados entraban donde su señora, y solas las dos dueñas y la doncella la servían.

Miguel de Cervantes, *La ilustre fregona,* 1613.

En otra de las llamadas novelas ejemplares, Rinconete y Cortadillo, nos enseña las artes del pícaro, oficio ejercido por Cortadillo en Toledo:

Texto 1

Dejé mi pueblo, vine a Toledo a ejercitar mi oficio, y en él he hecho maravillas; porque no pende relicario de toca ni hay faldriquera tan escondida que mis dedos no visiten ni mis tiseras no corten, aunque le estén guardando con ojos de Argos. Y, en cuatro meses que estuve en aquella ciudad, nunca fui cogido entre puertas, ni sobresaltado ni corrido de corchetes, ni soplado de ningún cañuto. Bien es verdad que habrá ocho días que una espía doble dio noticia de mi habilidad al Corregidor, el cual, aficionado a mis buenas partes, quisiera verme; mas yo, que, por ser humilde, no quiero tratar con personas tan graves, procuré de no verme con él, y así, salí de la ciudad con tanta priesa, que no tuve lugar de acomodarme de cabalgaduras ni blancas, ni de algún coche de retorno, o por lo menos de un carro.

Miguel de Cervantes, *Rinconete y Cortadillo,* 1613.

Punto 14 — Capilla del Sagrario

Bernardo de Sandoval y Rojas (Aranda de Duero, 20 de abril de 1546 - Toledo, 7 de diciembre de 1618).

También citada en *La ilustre fregona*, como lugar famoso de la ciudad, la capilla del Sagrario; capilla funeraria del Cardenal Sandoval y Rojas, mecenas de Cervantes es un lugar cervantino por excelencia.

Texto 1

—Conviene que mañana madruguemos, porque antes que entre la calor estemos ya en Orgaz.
—No estoy en eso -respondió Avendaño-, porque pienso antes que desta ciudad me parta ver lo que dicen que hay famoso en ella, como es el Sagrario[5], el artificio de Juanelo[6], las Vistillas de San Agustín[7], la Huerta del Rey[8] y la Vega[9].

Miguel de Cervantes, *La ilustre fregona,* 1613.

En *Los Trabajos de Persiles y Sigismunda* se describe a una mujer que peregrina "a la gran ciudad de Toledo, a visitar a la devota imagen del Sagrario".

Texto 1

—Mi peregrinación es la que usan algunos peregrinos: quiero decir que siempre es la que más cerca les viene a cuento para disculpar su ociosidad; y así, me parece que será bien deciros que por ahora voy a la gran ciudad de Toledo, a visitar a la devota imagen del Sagrario, y desde allí me iré al Niño de la Guardia, y, dando una

[5] El Sagrario era la sala en que se custodiaban las reliquias de la Catedral antes de construir el Ochavo.

[6] El artificio fue ideado y construído por Juanelo Turriano o Janello Torriani, famoso mecánico y relojero de Carlos I, era un complicado aparato que elevaba, desde el Tajo hasta el Alcázar, el caudal de agua suficiente para el consumo. Juanelo trabajó y vivió en Toledo desde 1534, donde murió el 13 de junio de 1585 en la indigencia.

[7] Las Vistillas de San Agustín se hallahan a un lado del puente de San Martín, al oeste de la ciudad y junto a sus muros, sobre los llamados Baños de la Cava, y bajo el monasterio de San Agustín.

[8] La Huerta del Rey se situaba en la orilla izquierda del Tajo, hacia, el nordeste de la urbe, donde se veían las ruinas del legendario palacio de la infanta Galiana. Allí descansaban los aguadores.

[9] La Vega es hoy la Vega Baja.

> punta, como halcón noruego, me entretendré con la santa Verónica de Jaén, hasta hacer tiempo de que llegue el último domingo de abril, en cuyo día se celebra en las entrañas de Sierra Morena, tres leguas de la ciudad de Andújar, la fiesta de Nuestra Señora de la Cabeza, que es una de las fiestas que en todo lo descubierto de la tierra se celebra; tal es, según he oído decir, que ni las pasadas fiestas de la gentilidad, a quien imita la de la Monda de Talavera, no le han hecho ni le pueden hacer ventaja.
>
> Miguel de Cervantes, *Los trabajos de Persiles y Segismunda,* 1617.

Al mecenas, Cardenal Primado de Las Españas, había que pagarle con cierta dosis de halagos. Cervantes, al final de sus días expresó su gratitud al Cardenal Sandoval y al sobrino, Conde de Lemos, con las siguientes bellas y, parece que, sinceras palabras:

Texto 1

> Estos dos príncipes, sin que los solicite adulación mía ni otro género de aplauso, por sola su bondad, han tomado a su cargo el hacerme merced y favorecerme, en lo que me tengo por más dichoso y más rico que si la fortuna por camino ordinario me hubiera puesto en su cumbre. La honra puédela tener el pobre, pero no el vicioso; la pobreza puede anublar a la nobleza, pero no escurecerla del todo; pero como la virtud dé alguna luz de sí, aunque sea por los inconvenientes y resquicios de la estrecheza, viene a ser estimada de los altos y nobles espíritus, y, por el consiguiente, favorecida.
>
> Miguel de Cervantes, *Don Quijote,* Prólogo a la segunda parte.

Punto 15 — Cuesta del Carmen - Plaza del Carmen

Texto 1

Estas y otras razones desta sustancia y jaez dijeron la Gallega y la Argüello; y, en tanto, caminaba nuestro buen Lope Asturiano la vuelta del río, por la cuesta del Carmen, puestos los pensamientos en sus almadrabas y en la súbita mutación de su estado. O ya fuese por esto, o porque la suerte así lo ordenase, en un paso estrecho, al bajar de la cuesta, encontró con un asno de un aguador que subía cargado; y, como él descendía y su asno era gallardo, bien dispuesto y poco trabajado, tal encuentro dio al cansado y flaco que subía, que dio con él en el suelo; y, por haberse quebrado los cántaros, se derramó también el agua, por cuya desgracia el aguador antiguo, despechado y lleno de cólera, arremetió al aguador moderno,que aún se estaba caballero; y, antes que se desenvolviese y [hubiese] apeado, le había pegado y asentado una docena de palos tales, que no le supieron bien al Asturiano.

Apeóse, en fin; pero con tan malas entrañas, que arremetió a su enemigo, y, asiéndole con ambas manos por la garganta, dio con él en el suelo; y tal golpe dio con la cabeza sobre una piedra, que se la abrió por dos partes, saliendo tanta sangre que pensó que le había muerto.

Otros muchos aguadores que allí venían, como vieron a su compañero tan malparado, arremetieron a Lope, y tuviéronle asido fuertemente, gritando:

—¡Justicia, justicia; que este aguador ha muerto a un hombre!

Y, a vuelta destas razones y gritos, le molían a mojicones y a palos. Otros acudieron al caído, y vieron que tenía hendida la cabeza y que casi estaba espirando. Subieron las voces de boca en boca por la cuesta arriba, y en la plaza del Carmen dieron en los oídos de un alguacil; el cual, con dos corchetes, con más ligereza que si volara, se puso en el lugar de la pendencia, a tiempo que ya el herido estaba atravesado sobre su asno, y el de Lope asido, y Lope rodeado de más de veinte aguadores, que no le dejaban rodear, antes le brumaban las costillas de manera que más se pudiera temer de su vida que de la del herido, según menudeaban sobre él los puños y las varas aquellos vengadores de la ajena injuria.

Miguel de Cervantes, *La ilustre fregona,* 1613.